

G. K. CHESTERTON

William Blake

y otros temperamentos



El formidable ensayo de G. K. Chesterton sobre William Blake —que ocupa la primera mitad de este libro— es una pieza crítica clave de la literatura del siglo XX: el autor de *El hombre que fue jueves* repasa allí, con inimitable agudeza y originalidad, la vida y la dilatada obra pictórica y poética del genial artista inglés, a la vez que nos propone una discusión en torno al arte de la biografía, a la historia religiosa y mágica de Occidente, y a las relaciones entre temperamento artístico, locura y mística, todo ello sin dejar de revelarse, a cada paso, como un luminoso humorista, un heterodoxo moralista y un maestro del aforismo.

Junto a ese ensayo, el libro reúne una serie de comentarios biográficos sobre otros personajes cuya vivisección a manos de Chesterton sólo podía producir pequeñas obras maestras: Lord Byron, Charlotte Brontë, William Morris, Robert Louis Stevenson, Carlos II, Francisco de Asís, Girolamo Savonarola y Lev Tolstói. En su mayoría, los textos nacieron como reseñas de libros que el propio escritor contribuyó a olvidar, erigiéndose, como era su costumbre, en un juez extraordinariamente lúcido —y también insólitamente divertido— de lo bueno y de lo superior.

Estas páginas son una muestra del mejor Chesterton, un autor al que el paso de los años sólo ha conseguido engrandecer, confirmando lo que Jorge Luis Borges anotó sobre él: «Pienso que Chesterton es uno de los primeros escritores de nuestro tiempo».

EL MAESTRO DE ESGRIMA

RODRIGO PINTO

«HE ESCRITO VARIOS LIBROS que se supone son biografías y vidas de hombres realmente grandes y notables, a los que cicateramente he hurtado los más elementales datos cronológicos», escribió G. K. Chesterton en su *Autobiografía* para explicar por qué omitía del relato de su propia vida ese tipo de información. Y ese rasgo es llamativo tanto en el extenso ensayo sobre William Blake como en los perfiles de escritores y personajes históricos que conforman este volumen. Chesterton define un perfil como «la línea que separa una cosa de lo que está fuera de ella», y en el periodismo y el ensayo ejerció largamente el oficio de trazar esa línea, de seguir su derredor, pero no al hilo de las fechas y los datos, sino al modo como cada personaje se dibuja en el tiempo y establece su diferencia particular con el entorno. Chesterton, además, busca entenderlos desde el conjunto, desde la totalidad de la obra o de la biografía; para ese tipo de mirada, la cronología es un detalle que no importa tanto. No quiere establecer una biografía de manera fidedigna (si es que ello fuera posible) ni quedarse en las anécdotas (o hechos: nacimiento, estudios, títulos, matrimonios) que pueden darse en cualquier existencia. En cambio, procura ofrecer una interpretación, una lectura, una mirada que ilu-

mine esa obra o esa vida a fin de que diga algo vivo y nuevo a sus lectores.

Como suele ocurrir con escritores de la talla de Chesterton, esa mirada, la suya, es también reveladora de sí mismo, de sus ideas y propuestas filosóficas, estéticas y religiosas. Converso al catolicismo, fue un militante ejemplar en la defensa de la fe y de la Iglesia católica en un país mayoritariamente protestante. Ello explica la presencia en este libro de los perfiles de Francisco de Asís y de Savonarola, reformador religioso que pasó a la historia por su consecuencia y rigor en la denuncia de la corrupción de los Medici y del papa Alejandro vi. No son éstos ensayos históricos; Chesterton da por supuesto que el lector está familiarizado con los personajes, y entrega, como es habitual, una interpretación muy personal y a contrapelo de la tradición. En el caso de Francisco de Asís, discute con el señor Adderley —quien, sostiene Chesterton, no ha escrito una biografía de Francisco sino «un devocionario»—, y afirma que el santo ha expresado, «en un lenguaje más elevado y audaz que el de ningún pensador terrenal, la idea de que la risa es tan divina como las lágrimas». Y cuando habla de Savonarola y su cruzada por quemar objetos de lujo, valiosos, joyas, cuadros, libros, para volver al ascetismo de la auténtica fe, escribe algo terrible y difícil de entender para un descreído: «Debo confesar que espero que la pila haya contenido montones de obras maestras incomparables, si el sacrificio hizo más real aun ese momento único».

Salvo los dos anteriores perfiles y el de Carlos II —un pretexto, en realidad, para explayarse sobre el escepticismo con ironía, pero también con respeto—, todos los otros se refieren a escritores: Lord Byron, espíritu romántico cuyo pensamiento fue una «convulsión de la naturaleza», un volcán que en la época de Chesterton ya no era ni siquiera «un volcán extinguido», sino «el cartucho quemado de un cohete»; Charlotte Brontë, aunque en realidad habla mucho más de las tres hermanas que de la autora de *Cumbres*

borrascosas, y es para sostener que ellas «vinieron a decir que toda el agua no basta para apagar el amor, y que la respetabilidad es incapaz de desviar o sofocar un anhelo secreto»; William Morris, estilista perdido ya en el tiempo o al menos en el campo de las traducciones al castellano, cuya obra califica de esencialmente decorativa, puesto que «parecía creer realmente que los hombres pueden disfrutar de una felicidad perfectamente monótona»; Lev Tolstói, profeta contradictorio en quien resulta difícil conciliar las dos caras de su obra: «No sabemos qué hacer con ese moralista pequeño y ruidoso que habita en un rincón de un hombre grande y bueno»; y Robert Louis Stevenson. Respecto de este último, Chesterton suelta una afirmación digna de destacarse: «Cumplía el primero de los requisitos fundamentales para ser un grande: ser malinterpretado por sus detractores. Pero con *Robert Louis Stevenson*, el libro del señor H. Bellyse Baildon [...], venimos a enterarnos de que cumple también el otro requisito fundamental: ser malinterpretado por sus admiradores». Chesterton, sin duda, tiene razón en establecer ambos requisitos y su manera de despedazar a Baildon es una singular pieza de mordacidad y perspicacia.

Estos perfiles, de pocas páginas, son ejemplares en su manera de apuntar al corazón de la obra o la vida de cada personaje, pero también en el modo en que Chesterton se apropia de ellos para llevar agua a su propio molino. Con Stevenson, nuevamente, lo muestra de la más clara manera: «El denominador común de la variada obra de Stevenson es la idea de que la imaginación, o la visión de las posibilidades de las cosas, es mucho más importante que los meros acontecimientos: que aquélla es el alma de nuestra vida y éstos el cuerpo, y que lo máspreciado es el alma». Aunque se puede interpretar su texto en términos estrictamente literarios, la aparición del alma —ese concepto tan ligado a la fe, que en otros ámbitos se designa como espíritu— introduce en el análisis otra tradición, otra forma de

mirar: la de Chesterton en su defensa del catolicismo y su mundo de ideas. No es que ello sea reprochable. Al contrario. Leerlo obliga a estar atento a los matices y a confrontar su poderoso pensamiento con las propias convicciones. Convierte cada ensayo, cada perfil (y hasta cada uno de sus relatos policiales protagonizados por el padre Brown) en un ejercicio de esgrima donde él, sin duda, es el maestro; podrá parecerse equivocado o certero, pero nadie podrá dejar de admirar su destreza en el manejo del filo de las palabras. Y eso sí que es una virtud, que se manifiesta brillantemente en esta colección de ensayos.

La pieza mayor del libro es el extenso texto sobre William Blake, el poeta y pintor del siglo XVIII que aún deslumbra por la potencia de sus visiones y la ambivalencia de sus poemas, a veces comprensibles, a veces totalmente disparatados. Con él, Chesterton arriesga otra vez una tesis radicalmente a contrapelo de la tradición y la convierte en el punto de vista que rige su análisis. «Difiero de los críticos», escribe, «que miran a Blake con escepticismo. Éstos afirman que sus visiones eran falsas precisamente porque estaba loco. Por mi parte, digo que estaba loco justamente porque sus visiones eran verdaderas». Desde este eje, Chesterton revisa tanto los dibujos como la poesía de Blake e interpreta las inconsistencias y oscuridades que, según él, si se las mira desde el ángulo de un místico que tenía acceso a un mundo de seres angélicos y demoníacos, son mucho más explicables que por la simple atribución de locura.

Así, las repeticiones al borde de la manía de figuras incomprendibles en sus pinturas, los dípticos carentes de sentido que intercala en los contextos más distintos, su falta de control sobre su poderoso sentido del humor y la proposición de ideas tan disparatadas como que «el éxito social de un caballero entre las damas» depende de que, «previamente, haya o no conseguido irritar a un buey», Chesterton ve claramente el síntoma de «un punto ciego en el cerebro», y concluye que «un hombre que sabía escribir tan

bien y que por momentos escribió tan mal debía estar loco».

¿Pero qué clase de locura? Ahí es donde Chesterton discrepa con la generalidad de los intérpretes y críticos de Blake, como se señala más arriba. «La autenticidad de sus comunicaciones espirituales» es la clave para entenderlo, porque Chesterton, a diferencia de la mayoría, reconoce, hasta con orgullo, que «yo, en cambio, sí creo en los ángeles, incluso en los ángeles caídos». Para el autor, Blake no era ante todo un loco, sino un místico, y por lo tanto hay que enfrentar sus visiones como mensajes de otro mundo que se expresan en los cuadros y los poemas de un creador incesante que escribía y pintaba mejor cuando no estaba bajo el influjo de la inspiración de sus visiones; en aquellos casos se manifestaban sus obsesiones, las discrepancias con el sentido común, las fealdades incongruentes con el título de las obras, el delirio que lo llevaba a escribir mal y a llegar a espantosas conclusiones: «Sea cual fuere el arcángel que rige sobre los más crasos errores intelectuales, sin duda había desplegado sus penumbrosas alas sobre Blake cuando éste llegó a la conclusión de que un hombre debe ser malvado para alcanzar el perdón». De donde se sigue, según Chesterton, que Blake era un hombre cuerdo afectado por ramalazos de locura, provenientes de esos ángeles y demonios que de tanto en tanto se posesionaban de su espíritu.

El magnífico don de Chesterton para usar la paradoja como herramienta y la extraordinaria ductilidad con que emplea el lenguaje se revelan a cada paso en este largo ensayo sobre Blake. Además, sustenta su examen no sólo en la somera revisión de su biografía, en el corpus de la obra del místico iluminado y en las lecturas de otros críticos, sino también y sobre todo en sus propias ideas sobre el arte y la historia. Ejemplo de ello es, por ejemplo, su larga caracterización del siglo XVIII, el de Blake, que considera necesaria para aquilatar «cuánto ganaron o perdieron, a

causa de su postura, su alma y su credo, su heterodoxia, su ortodoxia, su posición frente a la época». Su teoría acerca de las tres personas que hay en cada uno de nosotros es original y provocativa; es su manera de conjugar las distintas tradiciones culturales que dieron forma a Europa, arras-trándolas hasta el cazador recolector que es casi invisible, pero no menos poderoso, ante los ojos de sus contemporáneos.

De la mano de su cordura y de su locura, bajo el impulso de sus visiones, Blake, según Chesterton, en un plazo de diez años, «fraguó un sistema teológico tan enmarañado e interdependiente como el que la Iglesia católica ha construido en dos mil». Su ensayo es un enorme aporte para aproximarse a este sistema compuesto tanto por una ingente obra plástica —de la que en esta edición se reproducen algunas muestras— como por una obra poética inagotable que ha dado pie a lecturas sensatas y a otras delirantes, inspiradas por un exceso de credulidad del que Chesterton se cuida mucho. Es siempre interesante apreciar cómo una inteligencia privilegiada como la suya desbroza el aparente matorral de la obra de Blake, con tanta frecuencia irreductible ya no sólo a la interpretación, sino también a la comprensión. Por cierto que Chesterton, cosa que a nadie debe extrañar, destaca también sus desacuerdos con Blake y no vacila en calificar de malos y malísimos algunos de sus poemas, pero siempre en el marco del intento de apreciar el conjunto y rescatar de la confusión o el olvido a este místico. Pero, así como lo critica, también asume sus acuerdos y señala lo que probablemente es la razón de su interés por Blake: el auténtico valor de su filosofía, que «radica en su desafío apacible y positivo del materialismo, un asunto en que todos los místicos, paganos y cristianos, se ha embarcado desde tiempos inmemoriales». Y añade Chesterton: «En todo aquel ejército no hubo jamás un guerrero más grande que Blake».

WILLIAM BLAKE

WILLIAM BLAKE habría sido el primero en entender que toda biografía debería empezar con las palabras: «En el principio creó Dios el cielo y la tierra». Si nos propusiéramos contar la vida del señor Jones de Kentish Town, completar esa tarea nos llevaría siglos enteros. Ni siquiera podemos entender el apellido Jones sin habernos dado cuenta de que no se trata de un apellido común en el sentido de que sea vulgar, sino del mismo modo en que son comunes las cosas divinas: su propia difusión es un eco del culto de san Juan el Divino. Sin duda, el adjetivo *kentish* es un misterio, dadas sus implicaciones geográficas^[1], pero de ningún modo es tan misterioso como la terrible e impenetrable palabra *town* [«ciudad»], cuyo significado sólo estará a nuestro alcance cuando hayamos hurgado en las raíces de la humanidad prehistórica y presenciado las últimas revoluciones de la sociedad moderna. Así, pues, cada término nos llega coloreado por su deriva histórica, cada etapa de la cual ha producido en él por lo menos una leve alteración. El único modo correcto de contar una historia sería comenzar por el principio: el principio del mundo; de manera que, en pos de la brevedad, la totalidad de los libros empieza del modo incorrecto. No obstante, si Blake escribiera la biografía de Blake, no comenzaría hablando de su nacimiento o de sus orígenes nobles o plebeyos. Ciertamente, William Blake nació en 1757 en el mercado de Carnaby..., pero la biografía de Blake según Blake no habría comenzado así, sino con una larga disquisición en torno al gigante Albión, a los muchos desacuerdos entre el espíritu y el espectro de aquel

caballero, a las doradas columnas que cubrían la tierra en sus inicios y a los leones que caminaban ante Dios en su dorada inocencia. Habría estado llena de simbólicas bestias salvajes y mujeres desnudas, de nubes monstruosas y templos colosales; y todo habría sido decididamente incomprendible, pero en ningún caso irrelevante. Los mayores acontecimientos de la biografía de Blake habrían tenido lugar antes de su nacimiento.

Pero, pensándolo bien, quizás sería mejor contar la historia de Blake en primer lugar, y sólo después ocuparnos de la historia de su siglo. Ciertamente, no es fácil resistir la tentación, porque hay mucho que contar sobre Blake antes de que éste existiera. Pero resistiré, y empezaré por los hechos.

William Blake nació el 28 de noviembre de 1757 en la calle Ancha del mercado de Carnaby, así que, como tantos otros grandes artistas y poetas ingleses, nació en Londres. Y además en un comercio, al igual que muchos filósofos célebres y ardorosos místicos. Su padre fue James Blake, un próspero vendedor de calzas. Desde luego, resulta notable comprobar cuántos ingleses de gran imaginación surgieron de un entorno como ése. Napoleón afirmó que Inglaterra era una nación de almaceneros; de haber llevado su análisis un poco más lejos podría haber descubierto por qué es también una nación de poetas. Nuestra reciente falta de rigor en la poesía y en todo lo demás se debe a que ya no somos una nación de almaceneros, sino de propietarios de almacén. Sea como fuere, al parecer no hay duda de que William Blake se crió en la atmósfera típica de la pequeña burguesía inglesa. Se le inculcaron modales y moral del modo acostumbrado, pero nadie pensó jamás en educar su imaginación, la cual probablemente se salvó gracias a ese descuido. Se conservan pocas anécdotas de su infancia. Un día se quedó hasta muy tarde en el campo y volvió a con-

tarle a su madre que había visto al profeta Ezequiel sentado bajo un árbol. La madre lo castigó. Así concluyó la primera aventura de William Blake en el país de las maravillas del que era ciudadano.

Mientras su progenitura parece haber sido inglesa, prácticamente no hay duda de que su padre, James Blake, fue irlandés. Algunos han encontrado en esa sangre irlandesa una explicación al poder de su imaginación. La idea parece plausible, aunque no podría aceptarse sin reservas. Quizás sea cierto que, de estar libre de la opresión, Irlanda produciría místicos más puros que Inglaterra, pero por la misma razón produciría menos poetas. Un poeta puede permitirse ser impreciso, mientras que los místicos odian la vaguedad. Los poetas mezclan inconscientemente el cielo con el infierno, mientras que los místicos los separan, aunque disfruten de ambos. En términos generales, el inglés típico cree ver elfos ocultos en los bosques de la Arcadia, como Shakespeare y Keats, mientras que el típico irlandés ha visto con inequívoca claridad a las hadas de los bosques, como las vieron Blake y el señor W. B. Yeats. Si algo heredó Blake de su sangre irlandesa fue la solidez de su lógica. Los irlandeses son lógicos en la misma medida en que los ingleses son ilógicos. Destacan en aquellos oficios para los que se requiere lógica, tales como las leyes o la estrategia militar. Sin duda, Blake contaba entre sus virtudes la de poseer un raciocinio maduro y elaborado. No había en él nada de amorfo o inconexo. Tenía un esquema que explicaba el universo en su conjunto, sólo que nadie podía entenderlo.

Entonces, si Blake heredó algo de Irlanda, fue su lógica. Tal vez en su elucidación del complejo esquema del misticismo hubiera algo de la facultad que le permite al señor Tim Healy comprender las reglas de la Cámara de los Comunes. Tal vez en la rauda beligerancia con la que echó al insolente dragón de su jardín hubiera algo del éxito del soldado irlandés. Pero esa clase de especulaciones son fútiles,

porque no sabemos si James Blake era irlandés por accidente o por verdadera tradición. Y no sabemos lo que es la herencia: los más recientes investigadores se inclinan a pensar que no significa nada en absoluto. Y no sabemos lo que es Irlanda, y no lo sabremos hasta que, como cualquier otra nación, sea libre para crear sus propias instituciones.

Pero pasemos a cosas más indiscutibles y positivas. William Blake era bajito y delgado, pero tenía una gran cabeza y hombros más anchos de lo que era natural para su estatura. Existe un excelente retrato suyo que refleja cierta angulosidad en el diseño de su rostro y de su figura. Tiene algo en común, por así decirlo, con el típico hombre cuadrado del siglo XVIII: se parece un poco a Danton, aunque sin su estatura; a Napoleón, aunque sin esa máscara de belleza romana; a Mirabeau, pero sin la disipación y la enfermedad. Tenía los ojos oscuros y extraordinariamente grandes, aunque a juzgar por aquel retrato de sencilla honestidad sus grandes ojos eran más brillantes que oscuros. Si de pronto entrara en la pieza (y es probable que lo hiciera repentinamente), creo que percibiríamos en primer lugar una amplia cabeza a lo Bonaparte y unos hombros anchos también a lo Bonaparte, y sólo después nos daríamos cuenta de que el cuerpo que sostiene esa gran cabeza y hombros es frágil y delgado.

Su complexión espiritual era de alguna manera similar, porque se formó lentamente. Su carácter era extraño, aunque bastante consistente. Podríamos decir que era decididamente maníaco o decididamente mentiroso, pero de ningún modo que era voluble o histérico, un diletante o un aprendiz de cosas inciertas. Con su gran cabeza de lechuza y su pequeña figura fantástica debe haber recordado a un elfo más que a un humano cualquiera que viajara por la tierra de los elfos. Decididamente era un natural de ese plano sobrenatural. En su culto a lo sobrenatural no había fervores obvios ni superficialidades. Lo desconcertante no era su frenesí, sino su frialdad. Desde aquel primer encuentro con

Ezequiel bajo el árbol, se refirió siempre a esa clase de espíritus en un tono coloquial. En el XVIII campeaba un sobrenaturalismo pomposo; en contraste, el de Blake era el único sobrenaturalismo natural. Muchas personas reputadas juraban haber presenciado algún milagro: él se limitaba a relatarlos. Hablaba de un encuentro con Isaías o con la reina Isabel no como hechos irrefutables, sino como algo tan obvio que no valía la pena discutirlo. Los reyes y los profetas venían del cielo o del infierno a sentarse a su lado y él se quejaba de ellos con toda espontaneidad, como si se tratara de actores profesionales un tanto problemáticos. Se molestaba de que el rey Eduardo I se interpusiera entre él y *sir William Wallace*. Ha habido testigos de lo sobrenatural más convincentes, pero creo que jamás hubo otro más sereno.

Por otra parte, gracias a los cimientos con que la dotó en su juventud, su vida privada se nutría de la misma indescriptible raíz: una especie de inocencia abrupta. Todo lo que el destino le deparó, especialmente en sus primeros años, tuvo una rareza plácida y prosaica. Vivió los pleitos y los coqueteos comunes de la infancia y un día cualquiera se puso a hablar con una chica sobre la grosera actitud de otra joven. La chica (su nombre era Catherine Boucher) lo escuchó con aparente paciencia hasta que Blake (según contó ella más tarde) repitió algo que la joven grosera le había dicho, o relató algún incidente que a la señorita Boucher le pareció demasiado patético o cruel. «¿De veras le parece cruel?», dijo de pronto William Blake. «Entonces estoy enamorado de usted». Después de una larga pausa, la chica le respondió: «Pues yo también». De este modo súbito y extraordinario se decidió un matrimonio cuya ternura ininterrumpida sería puesta a prueba por una larga vida de alocados experimentos y aun más alocadas opiniones, pero que no se ensombreció jamás hasta el día en que Blake, agonizante y en un insólito éxtasis, mencionó el nombre de ella sólo después del de Dios.

A este período temprano, infantil, romántico e inocente correspondió la publicación del primero y más famoso de los libros de Blake: *Canciones de inocencia y de experiencia*. Estos poemas son los más juveniles y espontáneos que escribiera jamás. Sin embargo, también resultan inusitadamente añejos y recompuestos tratándose de un hombre tan joven y espontáneo. Poseen la cualidad anteriormente descrita: un sobrenaturalismo maduro y consistente. Lo que al lector le resulta extraordinario parece, en cambio, bastante común para el escritor. Una de las características de Blake es que podía escribir poemas de gran perfección: una lírica absolutamente clásica. Ningún autor isabelino o de la época Augusta fue capaz de una precisión como ésta:

¡Ah, girasol, cansado del tiempo,
Que cuentas los pasos del sol...!^[2]

Sin embargo, Blake también se caracterizaba por estar dispuesto a incluir en un poema —por lo demás bastante bueno— versos como éstos:

Y la modesta dama contrahecha, que está siempre en la
iglesia,
No tendría hijos patizambos ni repartiría ayunos y latigazos...^[3]

que no tienen el menor sentido ni conexión alguna con el poema. Con relación a tal contraste, existe un ejemplo aun más obvio: la discreta y bella estrofa en la que Blake describe por vez primera las emociones de la niñera, madre espiritual de muchos niños:

Cuando las voces infantiles se escuchan en el valle,
Y hay risas en las colinas,
Mi corazón reposa en mi pecho
Y todo lo demás queda en calma.

Pero he aquí unos versos igualmente discretos que William Blake escribió más tarde:

Cuando las voces infantiles se escuchan en el prado,
Y susurros en el valle,
Los días juveniles surgen frescos en mi mente
Y mi rostro se vuelve verde y lívido^[4].

El último verso, decididamente monstruoso, también es típico de Blake. Con la misma soltura y énfasis podría haber dicho que el rostro de una mujer se tornó verde o que los campos se tornaron verdes bajo su mirada: ésta es la cualidad que resulta más personal e interesante en la estática psicología juvenil de Blake. Se enfrentó al mundo con un misticismo eminentemente práctico: vino a enseñar, más que a aprender. Ya de niño estaba lleno de información secreta, y a lo largo de toda su vida padeció las deficiencias del que siempre da, sin tiempo de recibir. El caudal de su propio discurso lo ensordecía. Así se explica que careciera de paciencia y que al mismo tiempo no le faltara en absoluto caridad. La impaciencia, sin embargo, trajo consigo todos los efectos malignos que podrían esperarse de la falta de caridad: la impaciencia lo hizo tropezar y caer veinte veces en su vida. El resultado fue la desafortunada paradoja de quien vive predicando el perdón y parece sin embargo incapaz de perdonar, ni siquiera de un modo imperfecto, las más nimias afrentas. Él mismo afirmó en un sonoro epigrama:

Hayley dice perdonar a sus enemigos
Cuando nunca en su vida perdonó a un amigo^[5].

Ahora bien, a pesar de su acierto, el epigrama pierde fuerza cuando se aplica al propio poeta. El desdichado Hayley había sido amigo de Blake, que no supo perdonarlo. Aquello no se debió, sin embargo, a la falta de amor o de com-